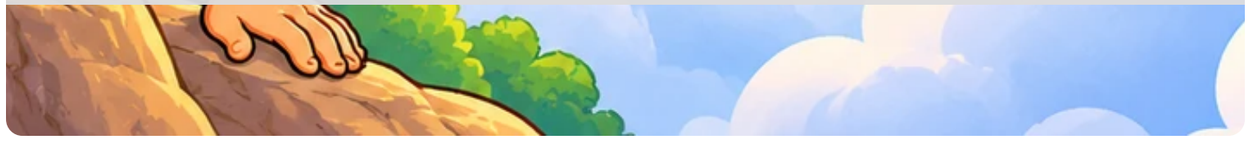


El Chaleco Amarillo y las Ventanas al Cielo

Welmar Uscategui





Bajo el sol brillante de verano, Mateo, un niño de ocho años con el cabello siempre despeinado, contemplaba fascinado el regalo que su abuelo le acababa de entregar junto a la piscina de agua turquesa. Era un chaleco salvavidas de un amarillo tan vibrante que parecía hecho de rayos de sol atrapados. Su abuelo le guiñó un ojo y le advirtió que solo debía tirar de la pequeña cuerda roja si alguna vez necesitaba un impulso extra.



Con el chaleco puesto y sintiéndose un auténtico explorador de los mares, Mateo se acercó al borde de la piscina y la curiosidad le ganó la partida. Sonrió con picardía, tiró con fuerza de la pequeña cuerda roja y un sonido como de mil globos llenándose resonó en el aire. El chaleco amarillo creció como una nube esponjosa y dorada hasta que sus pies se despegaron del suelo.



Envuelto por un viento cálido como una manta mágica, Mateo flotó suavemente hacia el cielo azul por encima de las copas de los árboles. Saludó a una bandada de gaviotas sorprendidas y atravesó una cortina de nubes que sabían a dulce algodón de azúcar. Poco a poco, la luz se volvió más brillante y una música suave como de arpas llenó el aire.



El chaleco se desinfló delicadamente y depositó a Mateo sobre un suelo hecho de nubes firmes y resplandecientes en una ciudad en el cielo. Las calles parecían ríos de luz dorada, los jardines rebosaban de flores que cantaban melodías alegres y en el centro de una gran plaza se alzaba una mesa larguísima preparada para un banquete festivo.



Alrededor de la mesa conversaba un grupo de amigos, y en el centro estaba Jesús con una sonrisa tan luminosa que hizo que Mateo se sintiera inmediatamente en casa. Jesús abrió los brazos para darle la bienvenida y le mostró un lugar guardado especialmente para él. Mateo corrió feliz a sentarse a su lado entre frutas exóticas, panes recién horneados y jarras de agua cristalina.



Maravillado por la paz de aquel lugar, Mateo miró a Jesús con los ojos muy abiertos y le confesó que abajo, entre el ruido de la casa y la escuela, a veces sentía miedo o se olvidaba de Él. Le preguntó cómo podía volver a sentirse tan cerca cuando regresara a la Tierra. Jesús lo miró con infinita ternura y tomó un trozo de pan para revelarle el secreto más hermoso.



Con voz suave y firme, Jesús le explicó que la oración es un puente invisible que une su corazón con el suyo en cualquier instante, sin necesidad de un chaleco mágico. Uno de los amigos de Jesús asintió con mirada sabia mientras Él recordaba la historia del profeta Daniel. Aunque vivía en una ciudad ruidosa y llena de problemas, Daniel abría las ventanas de su cuarto y se arrodillaba para orar tres veces al día.



Mateo contó con sus dedos sorprendido al darse cuenta de que orar tres veces al día era como desayunar, almorzar y cenar. Jesús rió con una risa dulce como campanillas de plata y le explicó que el corazón necesita hablar con Dios por la mañana para agradecer, al mediodía para pedir fuerzas y por la noche para descansar. Además, le recordó que en cualquier instante de alegría o temor bastaba con cerrar los ojos y decir su nombre.



Mateo sintió en el pecho una calidez profunda que no necesitaba globos ni viento para hacerlo volar. Cuando el sol comenzó a pintar las nubes de naranja y violeta al final del banquete, Jesús lo acompañó hasta el borde de la ciudad celestial. Allí le ajustó suavemente el chaleco amarillo y le recordó que nunca olvidara las ventanas de Daniel.



Con los ojos cerrados, Mateo sintió el abrazo del viento suave descender con él en un abrir y cerrar de ojos hasta el borde de la piscina. El agua turquesa seguía brillando bajo el sol de la tarde y su abuelo lo miraba sonriendo desde la orilla. Mateo respiró hondo con una mano en el corazón, sabiendo que ahora tenía un puente invisible directo al cielo.